

VIII CERTAMEN LITERARIO

ENEIDA 2011

((Categoría adultos))

PRIMER PREMIO

Título: Chocolatinas

Autor: Manuel Luque Tapia

VIII Certamen Literario “ENEIDA” 2011

Grita el nombre del verdugo
que se hace llamar querido,
y te coge del brazo, o de la mano,
o incluso te besa delante de los demás
para ocultar la vergüenza de sus actos.

Grita ahora, que mañana puede ser tarde.

Bien sabes, que nadie escucha la voz de un difunto.

Chocolatinas

Maricón de mierda. Cuando te vas a enterar de que los hombres no lloran, me entiendes, no lloran. Son las mujeres las que lloran, le dice su padre, Andrés, zarandeándolo por los hombros. Tomasito tiene diez años y es débil, enclenque, como criado con leche gatuña, suele decirle su padre. Casi todos los días llega de la escuela con la llantera en los ojos y el sonsonete en la boca de que algún chico le ha pegado. Marcos ven aquí en seguida. Dale a tu hermano, que sepa lo que es recibir de una vez por todas, para que aprenda y no se conforme. Un hombre no se conforma, se defiende. Pero padre... como le voy... ¡Dale, te digo! Marcos tiene sólo nueve años, pero a pesar de ser menor que Tomasito, algo más de un año, está más curtido, más hecho. Dale fuerte, Marcos, que aprenda, a ver si este mocoso de los cojones no viene ni un día más diciendo que le han pegado en la escuela. Y tú, maricón, defiéndete si no quieres que tu hermano te machaque. Como puedas, con los pies, con lo que pilles a primera mano, un palo, lo que sea, pero no te quedes quieto. Por lo que más quieras no te quedes quieto, o es que no vas a aprender nunca. ¡Qué no llores, te digo! ¡Qué los hombres no lloran! Parece mentira que seas hijo mío. Tu hermano es más chico y no llora. Ahora que tú aprendes... Por las buenas o por las malas, pero aprendes, por mis santos cojones, aunque yo mismo tenga que rajarte la jodida cabeza. Basta por hoy, Marcos, déjalo ya y vete a decirle a tu madre que para cuándo va a estar hoy el almuerzo. Tú, quítate la ropa aquí mismo, y vete para tu cuarto en pelota viva, que te dé vergüenza. ¡Qué no llores te digo, que los hombres no lloran! ¿Cuántas veces te lo voy a tener que repetir?

Tomasito, agacha la cabeza y se marcha para su cuarto con la ropa hecha un liote en la mano. Tiene la cara y las orejas rojas de los golpes. Una vez en su cuarto se echa sobre la litera de arriba que es la suya y comienza a llorar. Mira que se dice veces al día hoy no voy a llorar, hoy no voy a llorar, pero todos los días se le chafan. Y es que él no quiere aprender a pelearse, que eso le duele, y entonces, aunque aprieta los dientes, de todos modos las lágrimas se le salen solas de los ojos. No quiere llorar, porque si llora lo castigan, pero no puede evitarlo y entonces se le empañan los ojos hasta que ya no puede ver. Él lo que quiere es aprender bien a leer y escribir, y por las tardes ir al zoológico o ver los dibujos animados y poco más. Sólo que lo dejen vivir en paz. Tiene

que preguntarle a Marcos cómo hace para no llorar, y eso que es más pequeño y pegar si que pega, con el puño cerrado, y fuerte, en la cara y en la barriga, aunque Tomasito sabe que a él no le da todo lo fuerte que puede, para algo es su hermano. En la escuela va muy mal, pero eso a su padre parece importarle bien poco.

Antes dormía solo en una cama pequeña, pero cuando sus padres decidieron que ya Marcos no podía dormir con ellos trajeron la litera, el dormitorio es chico y no cabían dos medias camas. Al principio de dormir en la litera pasaba las noches casi en vela. No podía dormirse hasta que caía vencido y con todo, cada dos por tres se despertaba y tocaba el filo del colchón a ver si estaba muy al borde, entonces se pegaba a la pared aún más de lo que estaba. Tenía miedo de caerse, los golpes duelen, y es que su padre le quitó la barandilla que tenía. Los hombres no tienen miedo y si se cae una vez verás como no se cae la dos. Adela, su mujer, no dijo nada al respecto, sabía que su marido, todo lo hace por el bien de sus hijos, quiere lo mejor para ellos, y lo mejor es enseñarlos para que el día de mañana sepan afrontar la vida como hombres.

Adela pone el mantel de hule agrietado de tantos y tantos años sobre la mesa. Coloca los platos y los cubiertos. Sirve la comida. Andrés da gracias a Dios por los alimentos que van a tomar y durante unos instantes rezan en silencio. A Tomasito tiene que llevarle la comida al cuarto, piensa, pero una vez esté bendecida. *Pobrecito. A ver si aprende. De esta tiene que aprender. Su padre sólo quiere lo mejor para él.* Se levanta y se encamina hacia el dormitorio de los niños. Lleva un plato en una mano y un vaso de agua en la otra. Abre la puerta, sin hacer ruido. Deja el plato sobre una pequeña mesa que hace las funciones de mesita de noche. Le acaricia la cara a Tomasito y lo despierta, pero no le dice nada. Marcos esperaba que su madre le dijera 'cómételo todo', pero no sabe por qué no le dice nada, aunque él apenas come nada aunque se lo digan. Es un niño. Hoy son lentejas y un pedazo de morcilla y eso no le gusta nada, además del berrinche se le han quitado las pocas ganas de comer que siempre tiene, pero recuerda lo que siempre le repite su padre. *El plato se deja limpio, la comida no es para tirarla.* Así que hoy, como sea, se lo tiene que comer todo. Rebaña el plato con una sopa de pan

y lo deja limpio. Toma el vaso de agua y le da un sorbo.

Adela, Andrés y Marcos comen a la mesa. Nadie dice nada. Nunca nadie dice nada. No sólo es hoy por lo ocurrido con Tomasito. No. Es que nunca se dice nada a la mesa. En muchas ocasiones Adela se ha preguntado por qué nunca se habla a la mesa, aunque reconoce que en su casa apenas se habla durante todo el día. Recuerda que en casa de sus padres siempre salía algún tema de conversación mientras comían, algún chisme que referir, cualquier bobería, o papá le decía a mamá entre risas y arrumacos cuánto la quería. En cambio Adela no tiene quien le diga 'te quiero'. Ni incluso sus hijos, a Andrés no le gustan las sensiblerías, así lo llama. En una ocasión estaba Tomasito, ya de mayorcito, abrazado a Adela y la recriminó: *Ándate con cuidado y no le enseñes a mis hijos mariconadas, que así me lo tienes, hecho un maricón de mierda. Los hombres tienen que ser broncos. No me lo tuerzas más de lo que está o terminará lavándole las bragas a cualquier fulana, de esas que hay hoy en día que tantas leyes tienen.* A Adela mismo le apetecía hoy decirle a su Andrés cuánto lo quiere, lo orgullosa que está de él, cuánto hace por la casa, los niños, todo lo que trabaja, pero se ha callado, a Andrés no le gustan esas boberías, además suele decir *comer es comer y no hablar pamplinas*, suele decir, y no quiere estropear el día más de lo que está ya.

Pero Adela reconoce que Andrés en el fondo es bueno, bueno para sus hijos y para ella misma, y que le pega lo normal. Sólo en contadas ocasiones se le ha unido un poco la mano, pero son las menos, y a veces mercedamente, reconoce Adela, *una intenta subirse a la parra, pero con mi Andrés, no hay tutía.* Quiere lo mejor para todos. Su vida es de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. El único capricho que se le antoja de vez en cuando es hacer el amor. Antes lo hacían más a menudo, pero claro, ya están los niños más grandes y hay que andarse con cuidado, así que lo hacen una vez por semana, y no todas, pero la verdad sea dicha es que Adela no lo echa de menos, le hace poco chiste eso de hacer el amor, a veces incluso le duele, lo que pasa es que Andrés se empeña, y ella no va a contrariarlo, es quien entra el dinero en la casa y para un capricho que se le ofrece no va también a negárselo.

Adela era muy airosa y apuesta de jovencita, y se le ofrecieron muy buenos partidos, pero ella no quiso más que a su Andrés. De vez en cuando se le viene a la memoria Julio. Era un chico muy apuesto, compañero de instituto, muy buena gente, pero luego muy callado, muy parado, cualquiera lo achicaba con una voz, empezaban a sudarle las manos y parecía contraerse como plástico ardiendo. Y luego eso, muy parado, en el tiempo que se le estuvo arrimando no pasó del beso y de la mano en la nalga. En cambio su Andrés era otra cosa, parecía que iba a comerse el mundo, no había quien le tosiera y luego de lanzado, pare usted de contar, puro fuego era, que aunque bien religioso que es su Andrés, para estos menesteres no había quien lo frenara, que en varias ocasiones anduvo Adela con la hormiguilla metida en el cuerpo por la tardanza de la regla.

Marcos termina de comer y sin decir nada se dispone a levantarse cuando su padre le recrimina que aguarde hasta que los demás hayan terminado. Marcos es pequeño, aunque no tanto como para no saber que cuando su padre habla en ese tono es mejor no contestar. Al tiempo, Adela le dice a Marcos que aguarde, tiene algo que darle. Andrés hace caso omiso a las palabras de su mujer. Alguna medicina, vitaminas o algo por el estilo, debe suponer.

Una vez terminan todos de almorzar, Adela se levanta y va al frigorífico. Marcos espera órdenes de su padre. No se atreve a moverse. De regreso Adela trae algo en la mano, los envoltorios son brillantes y de colores. Está sonriente, loca por ver la cara de su hijo. *Toma, le dice a Marcos, dos para ti y dos para tu hermano, pero que no se los coma hasta que tu padre le levante el castigo. Son chocolatinas.*

A Marcos le rebosa la felicidad por la carita y riendo, comienza a desenvolver una muy despacito y con extremoso cuidado, no vaya a ser que se le caiga algún trocito de aquel papel bruñido de color verde. Mira a su madre agradecido. Le encantan las chocolatinas. Andrés, que hasta ese instante no había hecho el menor aprecio a lo que Adela iba a

darle, al ver los ojos ilusionados de Marcos, abandona los pensamientos que lo tenían embebido y al ver lo que sus manos trapichean le da un brusco manotazo, que hace que las chocolatinas se hagan trizas contra el suelo. *Lávate las manos ahora mismo y vete para el cuarto a hacerle compañía a tu hermano.* A Adela un calambrazo le recorre la columna vertebral y el corazón se le encoge de una sacudida.

Entra al cuarto y se sube hasta la cama de su hermano. Tomasito está echado en la litera. Triste. Muy triste. Con la mirada perdida en una esquina del techo. *Yo te traía tus chocolatinas, te lo juro, Tomasito,* le dice Marcos que está llorando sin hacer ruido, pero con unas lágrimas gruesas... *Me iba a comer sólo las del papelito verde. Las del papelito azul te las iba a traer. A ti te gusta mucho el azul, ¿no? Pues te las iba a traer.* Con los ojos todavía llenos de lágrimas, Marcos se abraza al hermano y se quedan en silencio, escuchando con atención todo lo ocurre allá abajo: gritos, golpes... *Cuando sea grande lo voy a matar. ¿Me oyes Tomasito...? Te juro que lo voy a matar, con el cuchillo grande de la cocina. Pero yo lo voy a matar,* le dice muy bajito, pero con rabia. Andrés se había levantado de la silla de un salto como movido por una fuerza incontenible, había agarrado a Adela por los hombros y la zarandea como si fuese una muñeca de trapo, hasta empujarla contra la pared, donde la golpea sin compasión ni miramientos. Los golpes le alcanzan la mejilla, la boca, los ojos, la barriga, los pechos... Adela no grita. Calla. No entiende. Simplemente, como puede, trata de cubrirse el rostro con las manos, y mientras los golpes la mecen de un lado a otro, trata de pensar, de entender qué ocurre, qué ha hecho, qué tiene de malo unas chocolatinas. A todos los niños les gustan las chocolatinas. Y no pasa nada. Ella las comía cuando pequeña, su padre mismo se las traía. Sus amigos, sus hermanos, todos las comían y no pasaba nada.

¡Puñetera anormal!, dice Andrés encabritado, escupiendo las palabras mientras la golpea sin tino. *¡Hija de puta! Ya me echaste a perder un hijo y ahora quieres echarme a perder el otro. Maricones me los quieres volver con tanta chocolatina y tanta mierda. En eso gastas el dinero que te doy, hija de la gran puta, en echarme a perder los hijos que con tanto sacrificio mantengo. Pero fíjate lo que te voy a decir, o cambias y dejas*

de tocarme los cojones de una vez por todas, o no vas a terminar de saber quién es Andrés Duarte.

Adela, que apenas se puede sostener ya en pie. Vencida, derrotada, va resbalándose poco a poco con la espalda pegada a la pared hasta que queda sentada en el suelo. Y así se queda. Encorvada, aovillada, temblando. Aterrada. La cabeza gacha, los hombros vencidos, la espalda arqueada, las piernas juntas y los brazos entrelazados, aprisionando toda la angustia que la posee. Su mirada inquieta, de presa acorralada. Quisiera desaparecer. La vista nublada, los ojos hinchados, amoratado el rostro. No puede pensar en nada. No debe pensar en nada. Sólo sus hijos en su cabeza... Una imagen borrosa que por momentos se pierde.

Andrés no para de dar vueltas al pequeño comedor. Está nervioso. Fuera de sí. No puede estarse quieto. Y en su compulsivo ir y venir no para de lanzar improperios por su boca *¡Mírala ahora! Hecha un guiñapo. Más suave que un guante, como está mandado. Aterrada, sumisa, empequeñecida patética... Así me gusta verla. ¡Que se joda! Ella se lo ha buscado. Es una pena que luego se le olvide. ¡Qué se habrá creído la muy zorra! Todo por culpa suya, como siempre. El comedor hecho un asco. Hay sangre en las baldosas y salpicaduras en los muebles, las sillas descolocadas unas y patas arriba otras. A ver si así aprende a comportarse de una vez por todas y que le quede bien claro quién manda aquí. Pero por su culpa volveré a estar en boca de los vecinos, no hay maquillaje que tape esos golpes. ¿Buscará esto la muy zorra? Mi desprestigio, porque nada de esto habría sucedido si ella se aviniera a ocupar su sitio. No ha sido culpa mía, sino suya, que saca los pies del tiesto y me pide a gritos que le dé su merecido. ¡Esta mujer va a ser mi ruina! Tal vez me haya excedido en el castigo... La verdad es que nunca antes le había propinado una paliza tan severa, ni yo mismo me había sentido tan descontrolado, ahora que mis motivos he tenido, eso sí.*

Ya está más relajada. Claro, si lo que necesitaba era un calmante, lo estaba pidiendo a voces. La espalda descansa entre la pared, las manos le reposan lasas en el suelo, la

cabeza se le ha dejado caer sobre su hombro derecho y ha dejado de gemir. Pero, ¡qué extraño!, ¡este silencio...! No oigo el resuello de su respiración...

Adela, despierta de un sueño oscuro, pesado, muy pesado. Está boca arriba, no sabe dónde. Ha perdido la noción del tiempo. Abre los ojos y mira a su alrededor. Ahora el silencio continúa pero es blanco y aséptico. Experimenta un malestar incómodo en la garganta y la nariz, provocado por unos delgados canalillos entubados en su aparato respiratorio. No sabe cuánto tiempo lleva allí. *Quizás perdiera el conocimiento*, piensa. Una chica joven con bata blanca se le acerca, le coge la mano por la muñeca y le toma el pulso. Luego pone la palma de su mano en la frente y le pregunta qué tal se encuentra. *Bien*, responde ella. *¿Qué me ha sucedido?* Su cabeza aún se halla atormentada, la chica no le responde, sino que se vuelve, se asoma a la puerta de la habitación y hace pasar a Tomasito y a Marcos que se encuentran en el pasillo. *Por esta vez ha tenido usted suerte*, le dice la enfermera.